

Las Guerras de Sangre

Vicente Byrd



Capítulo 1

Los hierbajos les llegaban hasta la cintura y habían perdido la vista del camino, pero Leandro insistía en continuar. A su lado caminaba el incansable James Horsey. Su padre era un herrero que sólo quería fabricar herraduras y estaba casi tan chalado como él. Detrás venían Simon, su fiel escudero y compañero de aventuras, y Milo, el más silencioso de todos.

El cielo era de un color gris frío y los cuatro muchachos avanzaban por el campo amarillo pálido hacia una espesa columna de altos árboles.

Al fin alcanzaron la entrada al bosque y, sonriendo, Leandro se adentró sin más. Pero al ver que no lo seguían, ladeó la cabeza

—¿No vendréis? Solo es media milla hasta las ruinas de Horovorth. Quiero echarles un vistazo antes de que caiga la noche.

Incluso James se había quedado atrás, pues aún no estaba lo suficiente chalado como para atravesar el Bosque de Oregon a esas horas.

—Como mi señor ordene—dijo James. Pero permaneció en su lugar, al igual que los otros dos.

Leandro se pasó una mano por la frente empapada de sudor. No quería que sus amigos se vieran obligado a acompañarlo por su sangre noble.

—Está bien, esperad aquí. No tardaré mucho.

—¡P-pero Leandro!—dijo Simon—¡No podéis entrar ahí solo! Alguien

debería...

—Yo os acompañaré, mi señor—la voz de Milo era fría y distante.

—¡Ni hablar! ¡Antes con una serpiente!—dijo Simon casi de inmediato. Y casi de inmediato también se tapó la boca con las manos, avergonzado.

Leandro miró a Milo y después a Simon, absolutamente descolocado.

—¡Qué impropio de ti hablar a Milo de esa forma, Simon!

—Perdóname, Leandro. Perdóname. Retiro lo que he dicho.

—Puedes retirarlo en voz alta, pero no de tu cabeza. Quiero saberlo todo. Aquí y ahora. No quiero que haya riñas entre nosotros. Es mucho lo que hemos pasado juntos desde que se formó nuestra pequeña sociedad. Los Raykivvk vendrán a por nosotros tarde o temprano. Todo el mundo en el reino lo sabe. Tenemos que mantenernos unidos.

Cabizbajo, Simon miró a su amigo. Después miró a Milo lleno de rencor. Milo le devolvió la mirada como si no lo viera.

—Habla, Simon. Es una orden.

—Milo es un brujo, Leandro. Nos ha estado mintiendo desde que llegó a la ciudad.

—¿Eres un brujo?!—le dijo James, que había estado sentado casi sin

escuchar arrancando hierbajos— ¡Qué pasote!

Leandro le dedicó una mirada y después se dirigió a su amigo.

—¿Qué pruebas tienes?

—Ayer mientras dábamos caza a ese jabalí, perdí el control sobre las riendas y acabé extraviado. Tratando de seguir el sonido de vuestras voces topé con Milo. Él pensaba que nadie lo veía. Sobre su mano abierta levitaba una bola azul y negra que lanzó contra una roca e hizo explotar en mil pedazos.

—¡Eso es mentira!—dijo Milo.

—¡¡Es verdad!! ¡¡Sabes que es verdad!! ¡¡Mi padre murió a manos de uno de vosotros!!!

—Ya basta—cortó Leandro—Estabas exhausto y alucinaste, Simon. Vamos Milo, se está haciendo tarde.

—¡Mi señor! ¡Os lo imploro!—Simon se había arrodillado—dejad que os acompañe yo en vez de él. ¡Si perecéis a manos de ese brujo nunca me lo perdonaré!

Pero los dos muchachos ya estaban lejos.

...

—Dicen que las hijas de Lord Rakyvvek murieron en este bosque.

Los imponentes troncos se sostenían a veces rectos, otras de lado o en espiral. En ocasiones les barraban el paso y tenían que estrecharse para avanzar. Las historais contaban que el bosque de Oregon estaba poblado por vampiros y demonios de todo tipo, pero de momento no oían más que el canto de algún que otro búho.

—No se que clase de noble mandaría a sus propias hijas a luchar en primera línea. Aún así me alegro de que ganáramos. De no ser así, nuestra ciudad no seguiría en pie. Y mis padres y mis tíos habrían sido colgados.

—Los Rakyvvek no colgaban a sus enemigos, mi señor. Tampoco los decapitaban. Los quemaban en la hoguera como dictan sus costumbres. Se rumorea que por ellos corría la sangre Kгнаargs, los antiguos hijos del fuego.

Leandro miró a su amigo.

—Eres muy sabio, Milo. Sobretudo para un plebeyo. Un chico tan sabio debería estar educándose en la biblioteca del señor y no aquí afuera acompañándome en mis locas aventuras

—Jamás os habría dejado adentraros solo en este bosque, mi señor—titubeó—aunque sea para morir a vuestro lado.

—Aún así, cuando volvamos le diré a mi tío que os deje entrar a verla. Es un recinto magnífico. ¡Tiene dos pisos! Puedes pasarte horas solamen-

—Shhh... hemos llegado.

Leandro se rascó la cabeza. Siempre le chocaba aquel trato tan poco señorial por parte de Milo, aunque pocas veces se atrevía a reprochárselo. No tenía claro por qué.

Pero era verdad. Leandro nunca habría imaginado que la ciudad de Horovorth empezara tan cerca de la salida del bosque. Los árboles se perdieron de vista para dejar pasar una imagen magnífica y espeluznante a la vez. Un gigantézco círculo de piedra sustituía la tierra. El círculo estaba agrietado aquí y allá, al igual que las columnas inacabadas que lo sostenían. Una de las columnas (o la mitad de ella, al menos) descansaba sobre el suelo gris y terminaba en el centro de la construcción, donde había otra construcción en ruinas: un enorme pozo rodeado por grandes escalones destrozados. Maravillado, Leandro avanzaba a paso lento, seguido de Milo.

Y en la oscuridad de la noche, el pozo se iluminó y tres figuras en llamas salieron de él una por una, trepando agazapados. Tenían piernas y brazos y rostro igual que ellos. En los tres rostros se dibujaba la misma sonrisa pícara.